

EL GALLO FILIPO

Vivía el gallo Filipo en una linda casita, se levantaba muy temprano todos los días, y cantaba alto y fuerte, pues tenía muy buena voz y era un gran tenor.



Pero lo que más le entusiasmaba era limpiar su casa que parecía una tacita de plata, brillaba como el cristal pulido, porque a todo le sacaba mucho brillo.

Se levantaba por la mañana muy temprano y después de emitir su bello canto se plantaba el delantal, se remangaba las alas y a por la escoba se lanzaba.

Todos los vecinos murmuraban y comentaban, ¡el brillo que tenía la casa del gallo Filipo! Y observaban asombrados como limpiaba y limpiaba hasta que dejaba todo reluciente como la plata.

Dña. Rosita la Cerdita era una de sus vecinas, que envidia le tenía, pero a ella le encantaba la cocina, se pasaba el día cocinando exquisita comida, y la despensa siempre llena la tenía para así poder cocinar cuando quería alguna cosa rica, y como se pasaba el tiempo cocinando no podía estar limpiando.



Otra vecina que también lo envidiaba, era Dña. Juanita la Conejita, que diez lindos hijos tenía, y otro que en camino venía, y con tanta prole que atender, pues a sus hijos los trataba muy bien, no tenía tiempo para limpiar y dejar la casa como un pincel.



Al otro lado de la calle vivía Lolita, una preciosa perrita, muy presumida y jovencita, siempre se hacía bonitos peinados con los que presumía por todos lados, y andaba con salero y garbo meneando el rabo. Siempre mirándose al espejo pasaba las horas del día, y no le daba tiempo a limpiar como debía.



En el pueblo era muy conocido el gallo Filipo, por lo limpia que estaba su casa, y todo el que podía por allí se pasaba. Como algunas veces hacía el Sr. Fortunato el Gato que vivía en el pueblo, lejos del Sr. Gallo, pero como era un poco cotillo le gustaba fisgonear por la casa de Filipo y charlar con los vecinos un ratito.



El Sr. Fortunato no entendía por qué limpiaba tanto, pues a su casa no pasaba por si le ensuciaba, asique siempre solo estaba.

Un buen día pasó por allí Dña. Pata la Pata, aunque no andaba con salero daba algún que otro sabio consejo, como lo hacía su abuelo.



Vio a los vecinos en animada conversación y al corrillo que había formado se acercó, y observó por lo que allí se decía que gran envidia al gallo Filipo es lo que había. Por lo que ella tomó la palabra y dijo con voz muy clara:

-No tengáis envidia de la casa tan limpia del gallo Filipo, porque vosotros otras aficiones tenéis, que no os dejan tiempo para hacer todo lo que queréis.

Todos la escuchaban muy atentamente, y continuó diciendo, con voz pausada, pues Dña. Pata era muy relajada.

-Como decía mi abuelo que daba siempre buen consejo, no es más limpio el que no para de limpiar, sino el que hace lo posible para no ensuciar.